

Dr. Enrique Margarit García

Tener el honor de escribir la semblanza de Enrique Margarit García es un reto a todas luces interesante, que forzosamente me hizo caer en una dualidad de sentimientos. Por un lado, está la satisfacción de poder expresar el cariño, la amistad y el respeto que siempre le he guardado, por otro lado, se encuentra la responsabilidad de ofrecer a Ustedes una visión objetiva y desapasionada del hombre que siempre ha sido un caballero íntegro, de pensamiento claro, congruente con sus ideas y sus ideales, dichoso y dicharachero, que da su amistad sin cortapisas, pero sólo a quién le ofrece reciprocidad y que tiene la innata cualidad de utilizar su buen humor para burlarse de la vida, también, un poco de sus amigos, sin ofenderlos y un tanto más de aquellos que no lo son. Un hombre que ha sabido vivir su vida de la manera que ha querido; en suma, lo que llamarían los franceses, un "bon vivant".

Enrique Margarit nació en la Ciudad de México, el 24 de agosto de 1928, cursó la educación primaria entre monjas, pero logró enmendarse al acudir a la Secundaria # 4, escuela de la que guarda grandes recuerdos por la calidad de los profesores que tuvo, algunos de ellos eran los autores de los libros obligatorios de la enseñanza media. Luego, transcurrió alegremente, como todo buen joven, por la preparatoria de San Ildefonso y realizó su licenciatura en la Facultad de Medicina de la UNAM, de donde egresó para titularse, el 7 de julio de 1956.

Su vida académica la hizo totalmente en el Hospital General de México, desde su época de estudiante de tercer año. Después de titularse fue aceptado por el doctor Fernando Valdez Villarreal, para formarse



como cirujano general en el viejo Pabellón 19 y así dar inicio a su carrera hospitalaria. Con tan excelente sino, que este distinguido maestro de muchas generaciones de cirujanos, lo escoge como ayudante de profesor en su curso de Terapéutica Quirúrgica. Al paso del tiempo, lo convirtió en su ayudante quirúrgico en la atención médica privada y finalmente lo hizo su socio en su consultorio particular. Esto dicho así, anotado en unas cuantas líneas, no le hace justicia a la inteligencia de Enrique, ni refleja su dedicación, desvelos y esfuerzos, ya que haber sido el hombre de confianza de un personaje de la cirugía mexicana,

de la talla del doctor Valdez Villarreal, era una situación de privilegio, anhelada por muchos cirujanos jóvenes y envidiada por otros tantos. Era en aquel momento, el estilo más puro de docencia tutorial.

Sin duda, Enrique Margarit fue un cirujano general de excelente factura, que vivió el final de una época de la medicina contemporánea caracterizada por la presencia de grandes figuras médicas. Estos grandes santones enseñaban a su real saber y entender, de tal manera, que algunos eran muy egoístas y otros muy obsequiosos, pero sólo unos cuantos desarrollaron una metodología didáctica capaz de trasmitir los conocimientos a grupos formales y crear una verdadera escuela. Esos fueron los verdaderos maestros. Esta época, que se originó en la primera mitad del presente siglo, declinó paulatinamente hasta desaparecer, en la década de los años sesenta, sin cronología exacta, pero en relación estrecha al establecimiento formal de las residencias médicas y los cursos universitarios de especialidades.

En aquellos tiempos, la preparación para llegar a ser especialista no involucraba todos los requisitos que ahora se cumplen, porque sólo había unas cuantas especialidades quirúrgicas que se podían considerar específicas, como oftalmología, neurocirugía y otorrinolaringología; para acceder a éstas bastaba ser aceptado por el profesor. Para el resto de ellas, ser cirujano general otorgaba una gran ventaja para ser capaz de dominar la especialidad anhelada.

Los médicos del Hospital General que querían hacer una carrera hospitalaria, solicitaban una serie de rotaciones por diversos servicios, mecanismo por el cual ganaban experiencia y acumulaban puntos para el ascenso académico. Por estas rotaciones, Enrique Margarit tuvo como maestros a médicos de la talla del doctor Acevedo Olvera, el doctor Ruy Pérez Tamayo y en la enseñanza de la cirugía a grandes personajes como Don Clemente Robles, Don Roberto Haddad y el doctor García Siller, pero sin perder su relación profesional y las enseñanzas directas de su mentor quirúrgico el Dr. Valdez Villarreal.

Después de trabajar en forma intensa y acuciosa, logró su ascenso por oposición para médico adscrito y continuó su labor en su servicio original. Con la inquietud propia de un cirujano joven, de buenas manos y excelente hechura, incursionó más allá de las fronteras normales que se tenían en la cirugía general y en un tiempo se dedicó a la cirugía de cáncer de mama junto con el doctor Héctor Rodríguez Cuevas. Las grandes mutilaciones de las mastectomías superradiccales, ocasionaban deformidades que requerían del trabajo reconstructivo del joven Servicio de Cirugía Plástica. Por estos sucesos, conoció al doctor Fernando Ortiz Monasterio y al compartir las vicisitudes de este tipo de pacientes e interesado en este aspecto de la cirugía, tuvo la visión para comprender que esta nueva especialidad no era solamente colocar injertos de piel y entendió que para realizar reconstrucciones de esa magnitud era necesario tener mayores y mejores conocimientos. Por tales razones, solicitó una rotación de tres meses por dicho servicio, que evidentemente, se prolongó en forma indefinida.

Tomar la decisión de cambiar de especialidad, no se supone que haya sido fácil, porque en esos momentos, ya había ganado su ascenso por oposición para médico adjunto en cirugía general, posición muy respetada en todo el ámbito hospitalario; además, en la medicina privada ya tenía una clientela cimentada en nueve años de práctica profesional. Para que su nuevo maestro, el doctor Ortiz Monasterio lo aceptara y se inscribiera como alumno universitario de postgrado, tuvo que hacer el compromiso

absoluto de abandonar la cirugía general para dedicarse en forma exclusiva a la cirugía plástica. Cumplió en forma cabal dicho compromiso, pero obviamente esta situación le costó que sus relaciones con su maestro Valdez Villarreal sufrieran un enfriamiento serio, aunque afortunadamente temporal.

Una vez que fue aceptado, se dio un escenario *suigéneris* en el viejo "Pabellón 7". Nuestro personaje tenía la misma categoría en la carrera hospitalaria que su jefe y maestro en cirugía plástica, estaba jerárquicamente por encima de cualquier otro médico del servicio y sin embargo, era un estudiante más de la especialidad, que convivía con los residentes de ese tiempo, como Pedro Tejero, Mario Becerra, Enrique Flores Meyer, Enrique Vinageras, Héctor Núñez, Mario Mendoza y Micheline Viale. Aprendió rápidamente la especialidad en forma suficiente y adecuada, para dedicarse a ella en una actividad privada que fue en ascenso hasta convertirlo en un cirujano plástico exitoso.

En su vida hospitalaria se integró muy bien al sistema implantado en el servicio de cirugía plástica del Hospital General y se involucró en su mística asistencial y académica de constante superación. Pero en aquel ambiente agradable de trabajo y docencia tuvo que tomar una determinación crucial que lo llevó a convertirse, en el sentido estricto de mi opinión, en el salvador de ese servicio. En 1978, Ortiz Monasterio decidió trasladarse con su curso de postgrado al Hospital General "Manuel Gea González", cuando hizo la invitación a todos para emigrar con él, Enrique de inmediato se negó a seguirlo y decidió continuar con el Servicio que tenía la tradición de haber sido el sitio donde se inició la residencia de la especialidad en México. Sería ocioso especular qué hubiera pasado con dicho servicio si nuestro personaje acepta también la invitación del Maestro Ortiz Monasterio. La realidad fue que en ese año reestructuró su grupo acompañado solamente por un cirujano plástico de gran experiencia, que fue el doctor Sergio Zenteno y por tres exresidentes recién egresados, que fueron los doctores Carlos Del Vecchio, Pedro Jaidar y Ramón Trejo, a quienes se les unieron después otros recién egresados de Universidades de Canadá e Inglaterra, los doctores José Escamilla y Gabriel Álvarez.

Desde esa fecha y por 14 años permaneció en la jefatura de dicho servicio, en plena lucha para mantener la asistencia, la docencia y la investigación, con estos cirujanos plásticos, algunos otros que entraron temporalmente y algunos más que fue seleccionando entre sus egresados. Para consolidar la estructura del servicio se basó en actitudes simples,

pero que reflejan una gran inteligencia, como son la caballerosidad en su trato con el personal, la amabilidad en su trato con sus alumnos, la excelente visión para delegar correctamente las responsabilidades y una enorme sensibilidad para marcar las rutas a seguir. Por estas razones, fue posible producir investigación original, publicaciones, trabajos ganadores de concurso de residentes, pero sobre todo, a una gran cantidad de cirujanos plásticos distribuidos en todo el país y el extranjero, que tienen un respetuoso y cariñoso recuerdo de su maestro Enrique Margarit.

Con una humilde sencillez, Enrique confiesa que él nunca quiso, ni quiere ser una brillante figura. Sin embargo, la historia nos marca que no se conformó con ser un especialista exitoso, porque su inquietud lo llevó a ocupar diversos cargos importantes, como Jefe de Enseñanza de Postgrado en el Hospital General, de 1969 a 1971, la Presidencia de la Sociedad Médica del Hospital General de México, de 1972 a 1973 y la Presidencia de la Sociedad de Exresidentes y Residentes del Hospital General, de 1981 a 1982.

De igual manera, ocupó la Presidencia de nuestra Asociación, de 1975 a 1977 y la Presidencia del Consejo Mexicano de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva, de 1977 a 1979.

Respetuoso de las reglas del Hospital General, antes de cumplir los 65 años de edad, solicitó oficialmente abandonar la jefatura del Servicio y recibió su ascenso a consultor técnico, máximo escalafón de la carrera hospitalaria. Con todas sus metas personales logradas y con la firme convicción de que no deseaba más, decidió hace tres años jubilarse de su querido Hospital General y pocos meses después, retirarse de su vida profesional, para hacer otras actividades que le cumplen sus satisfactores personales. Sin duda, a hombres de la talla de Enrique Margarit no se les puede olvidar, porque han dejado huella en quienes han tenido la fortuna de participar en una parte de su vida.

Nicolás Sastré.
Ciudad de México, Diciembre de 1999.